

## LIBRO TREINTA Y CUATRO.

Proceso de Lavalette.—Su condenación y fuga.—Indignación de la Cámara al saber esta noticia.—Prision del mariscal Ney, es trasladado á Paris y presentado á un consejo de guerra.—Conducta notable del mariscal Monecy.—El consejo se declara incompetente.—El mariscal es sometido á la Cámara de los pares.—Rigor implacable de los ministros.—Debates y varios incidentes: deposición de Bourmont.—Requisitoria de Mr. Bellart: argucias de la defensa: actitud del mariscal.—Su condenación.—Intrigas vengativas de los realistas: magnánima intercesion de madama Hutohinson.—Ney en su prision: sus últimos momentos y entrevista con su familia.—Su ejecucion.—Reaccion de la opinion en favor suyo y en contra de los Borbones.

Hay épocas crueles, por mas que los hombres se muestren compasivos, porque la venganza es un vicio tan inherente á la especie humana, que no parece sino que las opiniones triunfantes quieren vengarse por sí mismas cuando los gobiernos desean perdonar. Los gobiernos que resisten á esta baja pasion del corazon humano y que rehusan dar esta satisfaccion á la cólera de los tiempos, merecen bien de la moral pública y de la posteridad; por el contrario los que entregan víctimas á las circunstancias se manchan para siempre con su severidad ó complacencia y por la triste popularidad del momento renuncian á

la única popularidad duradera, la popularidad del corazon humano, haciendose responsables ante la historia, no solamente de la sangre que piden sino tambien de la que conceden á los resentimientos de su partido. Hoy que las opiniones, tan soliviantadas en 1815, han recobrado su calma merced á la distancia de los acontecimientos que las inflamaban; hoy que los vencedores y los vencidos, Luis XVIII, Carlos X, el Delfin, la duquesa de Angulema, el duque de Berry, los Richelieus, los Lainé, Talleyrand, Fouché, Ney, Labedoyere, Lavalette, los individuos mas insaciables de justicia, de las cámaras y de los senados de 1815, duermen juntos en el mismo polvo, ¿qué hombre político de aquella época despertaría con el mismo odio y el mismo fanatismo que entonces le poseian? ¿qué amigo todavía existente de los Borbones no quisiera rescatar á costa de su sangre el baldon y la ignominia que estos suplicios echaron sobre el nombre y la causa de la segunda restauracion? Esos suplicios no implicaban solamente rigor, sino faltas, y faltas que además de perjudicar á la reconciliacion de la patria consigo misma, cuyas divisiones perpetuaban y envenenaban los juicios políticos, convertian á los Borbones en ejecutores interesados de la cólera nacional, en vez de hacerlos árbitros y pacificadores de todos los partidos. Hacian mas, entristecian para lo futuro su reinado, cuyo destino era ser aceptado como asilo por aquellos mismos que lo habian combatido, y mezclaban á los dolores y resentimientos de los parientes, amigos y partidarios de las víctimas, el nombre del rey y de su familia que no podian apoyar y perpetuar su legitimidad sino en las bendiciones del pais. Todos los gobiernos caen; pero los que tienen mas seguridad de levantarse son los que caen á impulsos de su inocencia ó de su magnanimidad.

El juicio de Mr. Lavalette siguió de cerca á la ejecucion de Labedoyere.

Mr. de Lavalette era un antiguo ayudante de campo de Bonaparte, en Italia y Egipto, que habia abandonado la carrera militar por la administrativa. Durante el imperio fué director de correos, empleo de confianza y aun de intimidación, en época en que las comunicaciones mas secretas de los ciudadanos eran espiadas como síntomas de opinion y elementos de gobierno. Sabido es que el 20 de marzo por la mañana, durante el interregno de París, tomó Mr. de Lavalette posesion de su destino enviando inmediatamente dos correos al emperador y á los departamentos para anunciarles la retirada del rey y el supuesto entusiasmo de la capital. Despues de la abdicacion de Napoleon y dispersion de sus partidarios, habia sido arrestado Mr. de Lavalette, que aunque avisado indirectamente de antemano por una discrecion voluntaria de los numerosos amigos que tenia en el gabinete del rey, no habia hecho el menor caso á semejantes avisos, y la policia tuvo que obedecer, aunque con repugnancia, á la córte. Mr. Pasquier, ministro de Justicia á la sazón, queriendo dar tiempo al prisionero y atenuar por este medio la irritacion de los ánimos, habia logrado sustraer á Lavalette al juicio de los consejos de guerra. El acusado, voluntariamente olvidado en su encierro, esperaba la reunion del jurado civil, que era un tribunal mas arbitrario y duro; bien hubieran querido olvidarle completamente, pero apenas se reunió la Cámara cuando el nombre de Lavalette sublevó á los apasionados individuos de aquella asamblea que llevaba su celo á un grado de exageración

inconcebible y reclamaba á grandes gritos la venganza que se atrevia á apellidar justicia. Al cabo de dos meses de expectativa, Lavalette fué condenado á muerte.

Hombre amado é inofensivo, inspiraba generoso interés aun á los mismos que no habian participado de su falta; así es que la princesa de Vaudemont, muger influente en la córte y en los partidos por sus relaciones con los dos campos, Mr. de Vitrolle, exageradamente celoso, pero de corazon compasivo para con los vencidos, Mr. de Talleyrand, Fouché, el mismo Decazes, ministro severo, pero indulgente, deseaban sustraer al condenado á la ejecucion de una sentencia que no tenia siquiera la importancia de la victima por excusa. Mr. Pasquier, que no era ya ministro en los momentos en que se verificó el juicio, se habia grangeado un honroso título al declarar denodadamente en favor del acusado. El duque de Richelieu por solo el impulso de su carácter, reprobaba y odiaba aquel suplicio, impuesto no por causa de traicion, sino de fidelidad de un antiguo amigo á su general, y pedia con instancias á Luis XVIII el perdon de Lavalette. El rey deseaba la indulgencia y no se atrevia á concederla. Estrechado entre la indignacion manifiesta de la asamblea y la cólera sorda de su córte, respondió á Mr. de Richelieu: «Lavalette ha delinquido; la Cámara quiere hacer un ejemplar; yo me inclino al perdon y no os negaré la vida de Lavalette; pero tened entendido que al dia siguiente de saberse que habeis alcanzado de mí ese perdon tendreis que sufrir la cólera de la mayoría y yo me veré obligado á sacrificaros.» Mr. Decazes mas poderoso sobre el corazon del rey intervino en el mismo sentido: «Buscad un medio de apaciguar á la asamblea y cerrar la boca á las vociferaciones de los hombres que la manejan, le respondió el rey, y obtendreis el perdon. —Yo no veo mas que uno, replicó Mr. Decazes, y es que la duquesa de Angulema, que ejerce tanta influencia sobre los realistas de la asamblea, interceda para con

V. M. y evite de este modo las murmuraciones de su propio partido.»

Instada vivamente la duquesa por el duque de Richelieu para que prestase esta intercesion, no pudo menos de enternecerse y derramando algunas lágrimas, prometió hacerlo así, sin duda porque se acordaba del Temple. Inmediatamente avisaron á Mad. de Lavalette esta disposición favorable de la princesa, y el mariscal Marmont, capitán de los guardias, solicitó siempre de reparar sus ofensas al emperador por medio de servicios prestados á sus antiguos compañeros de armas, se encargó de introducir él mismo á la muger del reo en el castillo, violando todas las consignas que no podían menos de caer delante de su grado; pero mientras que así se tramaba esta conjuración de generosidad entre el rey, los ministros, Marmont y la misma princesa, algunos funestos consejos lograron apoderarse del ánimo de la duquesa de Angulema, presentándole como un remordimiento su virtud, y cerrando su corazón á la magnanimidad, á nombre de esa razón de Estado, sofisma ordinario de las pasiones irritadas. Cuando se presentó Marmont dando el brazo á la infeliz esposa del condenado, la duquesa apartó de ella los ojos, y lanzando al mariscal una mirada de indignación, desapareció como la última esperanza engañada de un moribundo.

Un solo recurso quedaba; la evasión del preso. La princesa de Vaudemont presidió á todos los preparativos de la empresa, y bien puede creerse que los ministros, tan inclinados naturalmente á la clemencia, y amigos de la princesa, cerraron por lo menos los ojos á una astucia que tanto favorecía á sus deseos.

Sea de esto lo que quiera, Mad. de Lavalette, acompañada de sus hijos, penetró en la prision la víspera del día destinado al suplicio, como para recibir su último adiós; despojóse de sus vestiduras de muger y se puso las de su marido, y en la hora nocturna en que los cala-

bozos se cerraban despues de la requisita de costumbre hecha á todos los presos, Lavalette, disfrazado de muger, y ocultó el rostro con un velo, bajo el cual aparentaba lanzar hondos suspiros, salió sin llamar la atencion por entre los calaboceros, engañando su vigilancia con sus fingidos sollozos. Varios amigos le esperaban á la puerta y le condujeron por entre numerosos detenidos al ministerio de Negocios Estrangeros, donde el duque de Richelieu le habia preparado un asilo en el cuarto de uno de los primeros oficiales de su departamento. Protegido de esta suerte Lavalette por aquellos mismos que le hacian buscar, esperó tranquilo que se pasara la emociion de su fuga. Dos oficiales ingleses, H. Churchill, que llevaba uno de los nombres mas históricos de su pais, y sir Roberto Wilson, á quien mas adelante costó su generosa intervencion ser eliminado de los cuadros del ejército, le pusieron el uniforme inglés y le condujeron ellos mismos á la frontera.

Cuando se dió cuenta de la evasión de Lavalette en la Cámara de los diputados, no se oyeron mas que gritos de rabia y desesperación; gritos que solo recordamos para vergüenza de los partidos, y por honor de la naturaleza humana no queremos citar los nombres de los que los lanzaban. No parecia sino que la salvacion del trono pendia únicamente de la cabeza de aquel preso y de la viudez de aquella muger, pues desde aquel dia rugió sobre los ministros y sobre el mismo rey, el resentimiento de la cólera engañada; no eran ya ministros los que necesitaba la asamblea, sino liectores. Aquellos murmullos intimidaron á la indulgencia en el corazón del rey y la moderacion en el consejo de ministros, pareciéndoles necesario hacer un gran sacrificio para acallar las voces y calmar la irritacion de la tribuna. Solo faltaba la victima; pero la fatalidad acababa de ponerla en sus manos. Era esta el mariscal Ney.

taba el suyo á la curiosidad de los criados y la aproximacion del ejército del Loira que preservaba al pais de las pesquisas de la policia, todo parecia asegurarle el misterio. Muchas semanas habia pasado ya en aquel asilo, cuando una de esas imprudencias que son los lazos de la seguridad, llevó al pueblo inmediato, Aurillac, la sospecha de que en la quinta de Bessonis se ocultaba un illustre proscripto.

## IV.

El mariscal poseia un sable turco, despojo de Egipto, que le habia regalado Napoleon, y cuya forma y riqueza de adorno atraian las miradas. Llevaba este arma consigo como un recuerdo y testimonio de su gloria. Habiéndolo enseñado una vez á sus huéspedes, se olvidó de cerrarlo en su cuarto, dejándolo por descuido sobre una mesa de sala, y habiendo ido á visitar el castillo uno de los vecinos de aquella campiña, vió el arma y quedó sorprendido de su magnificencia. Pocos dias despues habló en el pueblo del sable turco que habia visto, describiéndolo con complacencia, sin que en ello se llevara la menor intencion de perjudicar; pero al escucharle uno de los ociosos, hombre inteligente y muy aficionado á las armas, exclamó que en todo el mundo no habia mas que dos sables iguales, el de Murat y el del mariscal Ney. Esta conversacion, que pasaba delante de testigos, despertó, como era natural, las conjeturas y no tardó en llegar á oídos del prefecto, quien informado de las relaciones de parentesco que existia entre la familia de Bessonis y la del mariscal, no dudó que este fuese el huésped desconocido de la quinta, y en su consecuencia envió un destacamento de gendarmeria al mando de un oficial para sorprender la casa en cuanto amaneciera y apoderarse del huésped sospechoso. Los gobiernos, cualesquiera que

## III.

Este mariscal, despues de la abdicacion del emperador, habia dejado á Paris bajo nombre supuesto, dirigiéndose á la Suiza. Perseguido por la inquietud de su ánimo mas que por la enemistad de los Borbones, habia demostrado en su fuga tanta perplegidad como en su falta. El genio fatal que se habia apoderado de él en Lons-le-Saulniers, que le siguió despues á Lila, á Waterloo y á la Cámara de los pares, le asediaba de asilo en asilo. No era ya la muerte la que temia encontrar en todas partes, sino la reprobacion de su debilidad. El ejército refugiado detrás del Loira le proporcionaba todavía un asilo honroso y seguro; pero el ejército era bonapartista y habia maldecido á Bonaparte al contestar á Labedoyere en las discusiones de la Cámara de los pares. Perseguido asi por la antipatía del ejército, por la enemistad de los estrangeros y por la venganza de los realistas, no le quedaba otro refugio que la muerte, y aun parecia buscarla al huir.

Cuando llegó á Lyon é iba á atravesar los Alpes, temió, á pesar de llevar pasaporte del conde de Bubua, general del ejército austriaco, caer en las manos de sus enemigos al entrar en la Suiza, y por lo tanto retrocedió internándose en el pais cuanto pudo y pasó algunos dias sin ser conocido en los baños de San Amando en el departamento del Loira. Al saber allí que su nombre figuraba á la cabeza de las listas de proscripcion, cambió segunda vez de nombre y se refugió en las montañas de la Auvernia, en la quinta de Bessonis, donde habitaba una familia emparentada con su esposa. La soledad de aquella mansion, la discrecion de sus huéspedes, el nombre de una casa noble de la Auvernia bajo el cual ocul-

sean, tienen siempre á su disposicion hombres demasiao solicitos en entregarles su presa. Lo que sirve mejor á los príncipes y á los partidos es su odio. Si el prefecto de Aurillac hubiese sido mas celoso del honor del rey que de la cólera de los realistas, habria dejado al proscripto el tiempo necesario para escaparse de sus pesquisas. ¿Qué podia Ney contra los Borbones? El se habia perdido en todos los partidos, así es que su fuga, asegurada por el prefecto Mr. Locard, no salvaba mas que á un hombre, cuando su prision embarazaba y manchaba todo un reinado. El prefecto de Aurillac no hizo estas reflexiones. Al rayar el alba, los gendarmes cercaban la quinta, y al poco tiempo penetraban en ella el comandante del destacamento y diez y ocho hombres de su brigada. Las pisadas de los caballos, el ruido de las armas y el rumor de los habitantes de la casa despertaron al mariscal. Aun era tiempo de evadirse por los jardines y ocultarse en los bosques; pero estaba ya cansado de disputar su persona ó su suerte, y asomándose á la ventana y dirigiéndose al comandante de la gendarmeria, se delató en voz alta y mandó que franquearan las puertas: él mismo, abriendo la de su cuarto: «Yo soy Miguel Ney,» dijo á los gendarmes, y los siguió sin resistencia á Aurillac.

Allí fué tratado por el prefecto con la debida consideracion y miramiento, puesto que quitándole la escolta que le custodiaba, se contentó con exigirle su palabra de honor de no escaparse y lo dirigió á Paris bajo la sola vigilancia de dos oficiales. Al atravesar los acantonamientos del ejército del Loira, podia dejarse arrebatado por sus soldados, y aun el general Excellmans le propuso darle libertad; pero él la rechazó, por no faltar á su pa-

labra, y llevo á Paris en el mismo momento en que su compañero de guerra y defeccion, Labedoyere, espiaha su falta con la vida. Interrogado ámpliamente por Mr. Decazes, fué enviado ante un consejo de guerra, compuesto de mariscales y generales testigos de su valor, pero que no habian participado de sus faltas. Eran estos Massena, Moncey, Angereau y Mortier; el segundo no quiso juzgar á su antiguo compañero de gloria, y la carta que dirigió al rey puede presentarse como modelo de valor civico, de firmeza en el respeto y de dignidad de alma en el lenguaje: «No sé, no quiero saber, decia Moncey al monarca, si Ney es criminal ó inocente; vuestra justicia y la equidad de los jueces responderán de esto á la posteridad que pesa en la misma balanza á los reyes y á los súbditos. ¡Ay! Señor, si vuestros consejeros no quisieran mas que el bien, os dirian que el cadalso no proporcionó jamás amigos á una causa!... ¿Son los aliados los que exigen que la Francia inmole á sus mas ilustres ciudadanos? ¿Quién? ¿Yo habia de fallar sobre la suerte del mariscal Ney? ¿Dónde estaban sus acusadores, cuando él se distinguia en tantos campos de batalla? ¿Si la Rusia y la coalicion no pueden perdonar al príncipe de la Moskowa, podrá la Francia olvidar al héroe del Beresina?... ¿Y he de enviar yo á la muerte al que tantos franceses deben la vida y tantas familias sus hijos, sus esposos y sus padres? No señor; si no me es dado salvar á mi pais ni mi vida, salvaré á lo menos el honor. ¿Quién de entre nosotros no se veria obligado á sentir no haber hallado la muerte en Waterloo?... Perdone V. M. la franqueza de un soldado veterano, que apartado siempre de las intrigas, no conoció jamás otra cosa que su obligacion y la patria; él ha creido que la misma voz que ha censurado las guerras de España y la Rusia, podia hablar tambien el lenguaje de la verdad al mejor de los reyes. No desconozco que para con cualquier otro monarca esta resolucion seria

peligrosa; pero al bajar al sepulcro, puedo esclamar con uno de los ilustres antepasados de V. M.: «Todo se ha perdido menos el honor.» Y entonces moriré contento.»

## VI.

Mientras que un mariscal anciano dejaba oír el acento de la independencia y de la delicadeza del corazón, cualidades tan raras en los que por razón de su oficio no pueden discutir la obediencia, un hombre que poco antes había sido tribuno de la libertad, y que después había transigido con la tiranía en el 20 de marzo, Benjamin Constant, escribía á Mr. Decazes cartas confidenciales destinadas á dirigir los consejos del rey en el sentido de la indulgencia; mas la opinión pública del momento era tan implacable contra el mariscal Ney, que al invocar la amnistia en favor de todos los culpados, el mismo Benjamin Constant parecia abandonar al mas ilustre y culpable de todos, al héroe del Beresina. Verdad es que en la época en que fueron escritas esas cartas para salvar la cabeza de Labedoyere, el mariscal Ney no estaba todavía preso, ó por lo menos se ignoraba que lo estuviese, y por lo tanto, creia Benjamin Constant que, al conceder aquel hombre á la venganza, no concedía mas que un nombre. Sin embargo, esas cartas, escritas por la pluma de Benjamin Constant, espresan demasiado bien la turbacion de los ánimos y la alteracion de la justicia en aquella época, para que no queden como monumento en la historia.

«Mr. de Labedoyere, decia Benjamin Constant en aquellas cartas, Mr. de Labedoyere es muy delincuente; pero lo ha hecho tal el partido que hace quince meses frustra las intenciones del rey y tiene á nuestro país en un estado de crisis continua. . . . .»

»Cuando el rey volvió el año pasado, todos los corazo-

nes eran suyos, y hasta era fácil reconquistar el ejército; el rey lo hubiera hecho, pero en torno suyo circulaban proyectos de trastorno, proyectos que se tomaron como intencion secreta del rey, y cuando se presentó un hombre, se vió en él un abrigo contra las persecuciones y una garantía para los intereses. . . . .»

»Afirmo que esa severidad no es el medio de salvacion que las circunstancias reclaman; que para ser severos no hay necesidad de sacrificar mas que una cabeza, y que Mr. de Labedoyere, por culpado que sea, no es la cabeza que hay que sacrificar, si es que se quiere una. Jamás me perdonaria á mí mismo, yo que no tengo esa fatal mision, el designar una víctima, y siento al mismo tiempo el no poder trazar las palabras que la indicasen. Pero Mr. de Labedoyere puede alegar el arrebató, la impremeditacion, la franqueza, la juventud... Me detengo, porque mi mano tiembla al pensar que esta insinuacion es ya demasiado clara, y que no debo, al defender la vida del uno, recomendar la muerte del otro. Vuelvo á Mr. de Labedoyere.

»El hecho no tiene disculpa. Mr. de Labedoyere no puede menos de ser condenado. Lo será, y aun diré que debe serlo. Me ha hablado de su defensa... Legalmente no puede servirle ninguna defensa. . . . .»

»Yo creo que no habiendo sido enrojecido ese campo de Grenelle durante los tres meses de la dominacion de Bonaparte con la sangre de ningun hombre, seria una felicidad que tampoco lo fuese ahora bajo el cetro del rey. Pienso, en fin, que si hace falta una víctima, no es esa la que se necesita.»

El autor de estas cartas debió llorar amargamente sus concesiones, que no eran mas que de palabras al tiempo de escribirlas, pero que llegaron á ser verdaderas concesiones y excusas de rigor cuando el mariscal cayó en po-

der de sus enemigos. Hasta para preservar una vida, no debe jamás el hombre de Estado conceder otra á la dureza de corazon de los partidos.

## VII.

El valor del mariscal Moncey fué castigado como una falta grave contra la disciplina. El gobierno le desterró al castillo de Ham. Allí entró pesaroso de su desobediencia, pero salió contento y satisfecho de haber desobedecido. Ney, entretanto, languidecía y se consumía en los calabozos de la Conserjería, testigos de la agonía de los realistas, de los girondinos y de la reina María Antonieta, durante las proscripciones del terror. Su esposa y sus hijos, á quienes había abrazado un momento á pocas leguas de París, al llegar á su última parada, no podían ya penetrar hasta él. Habitaba en una de esas cuevas abovedadas, húmedas y oscuras, que están construidas en los cimientos del edificio, y que no reciben la luz y el aire sino por unas lumbreras mezquinas, abiertas en un patio estrecho. Esa luz, insuficiente aun para leer un libro, parecía prepararle á la eterna noche á que tan próximo ya se sentía. No tenía mas conversacion que la de sus propios pensamientos, ni mas distraccion que la que le proporcionaba una flauta, de la que sacaba unas veces aires tristes como su alma y otras alegres como los recuerdos de su infancia, y los cuales por su acento pastoral y sereno, formaban contraste con la oscuridad de su calabozo y con las angustias de sus horas presentes.

Uno de sus compañeros de cautiverio, separado de él por el grueso de la pared, Lavalette, escuchaba de lejos, sin poder responder, la música melancólica del héroe. Lavalette contó que despues de su evasion y suplicio del mariscal, oyó casualmente un dia en su destierro al otro

lado del Rhin, uno de los aires que tocaba el preso en su calabozo, y que al resonar aquellas notas en una fiesta campestre de la Alemania, y al recordarle el mismo aire que modulaba en otro tiempo el desgraciado cautivo, le oprimieron el corazon y le hicieron prorumpir en amargo llanto. Si el hombre midiese los padecimientos del hombre por los suyos propios, seria severo sin atormentar, pues nadie es cruel sino por no ser bastante reflexivo. Tres meses mortales pasó todavía el pobre preso en la Conserjería, esperando la formacion del consejo de guerra y la reunion en París de los testigos necesarios al proceso.

Compareció al fin delante del tribunal de sus pares, pues sometido completamente á las tímidas consideraciones de los legistas, no habia querido aceptar ese juicio militar de soldados sobre un soldado, y pidió un juicio político delante de la Cámara de los pares. El único beneficio que pudo reportar de esa resistencia á ser juzgado por sus compañeros de armas, fué ganar tiempo; pero sin considerar que ese tiempo otorgado á los procedimientos, perjudicaba á su gloria y no aseguraba su cabeza. Los mariscales y generales podían acordarse de sus hazañas; pero los pares no conocerían mas que su crimen. Su destino, desde que no habia obedecido al consejo del honor en Lons-le-Saulnier, era vacilar entre todos los mas funestos consejos, y pasar del remordimiento á la recaída, y de la imprudencia á la debilidad. Entregar noblemente su vida era el único medio de honrarla y aun de salvarla. Las sutilezas del jurista son indignas del soldado.

## VIII.

El consejo de guerra, que se alegraba interiormente de verse así libre de la responsabilidad de la vida ó

muerte del mariscal, se declaró incompetente. Triunfaron, pues, el mariscal y sus abogados, dejando atónitos al pueblo y al ejército y llenos de indignación á la corte y al gobierno. Los ministros, para precipitar el desenlace, no esperaron ni un solo día y sometieron el juicio á la Cámara de los pares. El clamor de los realistas que reconvenían al rey por cada hora de vida que se dispensaba al mariscal, considerando esta condescendencia como una debilidad, ó mas bien complicidad con la rebelión, llegó á turbar hasta el alma de Mr. de Richelieu, quien al hablar delante de la Cámara de los pares, tomó el acento del acusador impaciente en vez del de ministro afligido é impasible. No fué ya el hombre sino el enemigo el que hablaba, falta gravísima, pero que lo era mas de la época que del carácter, y parecia demandar, no ya justicia sino condenación, y reclamarla no ya en nombre de la patria, sino en nombre del extranjero.

«No solamente en nombre del rey, decía Mr. de Richelieu, desempeñamos este oficio, sino en nombre de la patria, largo tiempo hace indignada y hoy estupefacta; en nombre de la Europa venimos á suplicaros y á requeriros que juzgueis al mariscal Ney. Nos atrevemos á decir que la Cámara de los pares debe al mundo una solemne reparación, la cual debe ser pronta porque importa contener la indignación que de todas partes se levanta. No consentireis que engendre la impunidad por mas tiempo nuevos azotes. Los ministros del rey están en obligación de decirnos que esa decisión del consejo de guerra es un triunfo para los facciosos: importa, pues, que su alegría sea corta para que no sea funesta.»

El ministerio en masa firmó estas palabras escritas del duque de Richelieu, á fin de que el acto parlamentario tuviese el carácter de un acto diplomático y de una declaración de gobierno. La única excusa, si la hay en semejantes palabras, era aquella sublevación de la opinión de que hablaba el ministro; pero esa sublevación de

la opinión realista no era mas que la cólera y la desgracia de la época. ¿Correspondía al gobierno hacerse eco ó instrumento de ellas?

IX.

La Cámara de los pares obedeció al impulso de los ministros con la celeridad de quien teme que le arrebatén la satisfacción de sus resentimientos. En tres días se constituyó en tribunal de justicia ó mas bien en tribunal de Estado, que establece á la vez las formalidades y las penas. El 21 de noviembre se abrió el proceso, y los espectadores, casi todos enemigos y muchos de ellos extranjeros, en cuyo número se vió, con dolor, al príncipe de Metternich y los individuos del cuerpo diplomático testigos odiosos en una causa en que eran parte, llenaban las tribunas. El duque de Wellington tuvo el decoro de no presentarse, sin duda porque conocia que el campo de batalla es el tribunal de los guerreros. El proceso habia sido juzgado entre el mariscal Ney y el general inglés en Waterloo. Wellington habria manchado su carácter y deshonrado su victoria si hubiera ido á presenciar las angustias de aquel adversario ajusticiado por su propio país. Eran las nueve de la mañana.

El acusado habia sido trasladado, el día anterior, de la Conserjería al Luxemburgo con tanta escolta y tal precipitación que revelaban harto claramente lo mucho que el gobierno temia un raptó ó un movimiento popular. Alrededor del palacio, trasformado en ciudadela, se hallaba estacionado un cuerpo de ejército, una sala baja convertida en prisión, guarnecida de rejas, postigos y cerrojos servia de calabozo al preso, quien desde la ventana podia contemplar los jardines del palacio del Senado y de los pares donde pocos días antes habia levan-

tado la voz para acusarse á sí mismo confesando los desastres de Napoleon.

A las once fueron á buscarle para conducirlo á la presencia de sus jueces. Habíase quitado su uniforme, y vestía simplemente una casaca azul sin bordados, señal de luto ó de modestia que era la que convenia á un acusado delante de su patria. Marchaban á su lado cuatro granaderos de la guardia real. Apenas se presentó en la Cámara recorrió la sala y las tribunas un murmullo de curiosidad y compasion. Su actitud era digna y guardaba triste conformidad con su situacion. Su rostro pálido, consecuencia de haber pasado cuatro meses en la oscuridad de los calabozos, manifestaba la serenidad de ánimo; pero al mismo tiempo su profunda tristeza. En su despejada frente rodaban los remordimientos y los tristes pronósticos. Sus ojos miraban de frente al destino. Su boca cerrada contenia las impresiones de su alma. Nada en él suplicaba ni desafiaba á sus jueces; se conocia que iba á sostener mas bien la disculpa que la justificacion de su conducta, y que se entregaba al juicio y á la compasion mas bien que á la justicia de sus antiguos colegas. Con una rápida ojeada recorrió los bancos donde se sentaban los jueces buscando entre aquellos rostros conocidos algunos vestigios de amistad, de dolor ó de esperanza. Todas las miradas se inclinaban al suelo para no encontrar la suya, saludó á la asamblea y tendiendo familiarmente la mano al mas elocuente de sus defensores, Mr. Dupin, tomó asiento entre ellos.

Leyóse el acta de acusacion á nombre de los ministros, la cual reasumió la historia de las vacilaciones, debilidades y defeccion del mariscal, tal como la hemos referido en el curso de esta narracion. La acusacion no habia tenido necesidad de alterar los hechos para inventar el crimen militar. Ney la escuchó sin protestar con un gesto ni con una palabra. Luego que concluyó la lectura el canceller Ambraj dirigió algunas palabras tristes

pero consoladoras al acusado. «No es aqui, le dijo, donde debeis temer ningun género de prevencion, ni malevolencia ni parcialidad; antes bien tenemos que luchar con recuerdos antiguos y con el interés que inspira á su pais un guerrero que por espacio de mucho tiempo fué su gloria y que nos complacemos contar en el número de nuestros colegas: podeis hablar sin temor.....»

El acusado, cediendo por segunda vez á los consejos vulgares de sus abogados, les permitió disputar miserablemente las formas del procedimiento y pedir tiempo invocando la necesidad de una ley previa donde no se necesitaba reclamar otra cosa que la equidad y la conciencia. La Cámara de los pares desechó exigencias tan indignas de las circunstancias como del hombre. Gran menoscabo sufrió la dignidad del guerrero con aquella obstinacion de los legistas de que se resintió el mismo interés que inspiraba su papel. En tales ocasiones la admiracion por el acusado forma parte de la conmiseracion que inspira á la opinion y á los jueces.

## X.

Cerrada la sesion despues de estos debates, fué aplazada su continuacion hasta el 23 de noviembre. Esta sesion renovó el espectáculo de la primera. Los abogados del acusado acumularon otras objeciones de fórmula contra el juicio inmediato. El mismo Mr. Dupin, orador consumado en las lides forenses, parecia no acordarse de que defendia mas bien el carácter que la vida de su cliente, pues se sometió servilmente á esos sofismas escolásticos que embarazan el espíritu sin comover el alma, y el procurador general, Bellart, tan acostumbrado por su profesion á ver una victima en todo acusado, respondió como abogado mas que como juez, queriendo el uno absol-